

LA BODA DEL MUNDO NUEVO

Sainete

PERSONAS

DOÑA JOSEFA.

DON ALEJO.

DON MATEO.

RAFAELA, maja, novia.

PECHUGA, majo, novio.

ANASTASIA, madrina.

PEPA, amiga de Rafaela.

JUANA.

JUANILLO RABÓN, amigo antiguo de Rafaela.

MARIANO, amigo de Juanillo.

TOLONDRÓN, aprendiz de Pechuga.

MAJAS.

MAJOS.

SILLERO.

(*Casa pobre. Salen PEPA y ANASTASIA*)

ANAST. ¿Qué tal me está este monillo?

PEPA. Parece que te lo han hecho
a tu medida.

ANAST. Si Juana
tiene el mismísimo cuerpo...

PEPA. Apuesto yo que en la boda
no hay un vestido más bueno
que el tuyo.

ANAST. Soy la madrina,
y es preciso echar el resto.

PEPA. Y la novia, ¿qué se pone?

ANAST. Le han prestado uno de aquéllos¹
sacos de cola que tienen
el talle junto al pescuezo.

PEPA. Pero ¿quién se lo ha prestado?

ANAST. Se lo pidió a don Mateo,
mayordomo de un señor
mayorazgo; y ahora mismo
viene la novia a vestirse
para salir de aquí luego
en silla e manos.

PEPA. ¡Jesús!

¡Qué profanía!

1. En la Colección de Castro dice: «Uno le han puesto de aquéllos.»

ANAST. El sujeto
es su protector, y quiere
que vaya con lucimiento
al baile.

TOLOND. (*Sale con el vestido en un pañuelo.*)
Aquí está la ropa.

ANAST. No manosees el pañuelo,
cara de dogo; que tienes
llenos de tizne los dedos.

TOLOND. ¡Toma! Si estoy en la fragua
manejando siempre hierro...

ANAST. ¿Y la novia?

TOLOND. Hacia acá viene;
pero ¡si viera usted al perro
del novio qué chupa trae;
qué calzón de terciopelo!
¡Vaya, es un pasmo! Alrededor
no se ven más que fideos
de plata y oro; y las cintas
de los hombros van haciendo
acá y allá respinguitos
como orejas de conejo.
Si es preciso que a su amo
le costase muchos pesos.

ANAST. ¿Conque no es suyo el vestido?

TOLOND. Se lo prestó un caballero.
¡Toma! El oro es contrabando
en casa de los herreros.

(*Salen RAFAELA con un corpiño, en mangas
de camisa, y PECHUGA, de majo rico*)

PECHUGA. Señá madrina, a la orden.

RAFAELA. Ya me estaba deshaciendo
por venir, pero la loca
de Rosilla Chupahuesos
me ha entretenido hasta ahora.

ANAST. Pues bien; no perdamos tiempo.
Siéntate; te peinaré. (*La sienta.*)

TOLOND. Y yo, ¿me voy o me quedo?

PECHUGA. Miá, Tolondrón; vete a casa
y haz que esté tóo dispuesto
para el baile.

TOLOND. Pue hasta nunca. (*Vase.*)

PECHUGA. No le corte usted ni un pelo,
señá madrina.

RAFAELA. ¿Pues cómo

- se me ha de hacer el enredo
que llevan en las cabezas
las gachís?
- PECHUGA. Suelte usted presto
(*Le quita el peine*)
el escarpior; verá
cómo le pongo en un verbo
el tustú. (*Le bate el pelo.*)
- RAFAELA. ¡Ay, mala hora;
que me arrancas el pellejo!
- PECHUGA. Aguanta; maldita seas;
que te he poner como un perro
lamío.
- RAFAELA. Mas, si me tiras...
- ANAST. Mujer, trágate el resuello.
- RAFAELA. ¿Y esto sufren las usías
por salir a los paseos
con la cabeza lo mismo
que una esponja? ¡Ay, que no quiero
padecer, porque me vean
con pasas como los negros!
- PECHUGA. Traiga usted la cal, madrina.
- ANAST. ¿Y con qué se la echaremos?
- PECHUGA. ¿Hay estopa?
- ANAST. No.
- PECHUGA. Pues meta
la mano en un agujero
del colchón, y traiga lana,
que es lo mismo.
- ANAST. Voy corriendo. (*Vase.*)
- PECHUGA. ¡Qué jermosa está mi mona!
¡Toma que toma, salero
de las sales!
- RAFAELA. No te vengas
con jonjanas, cara e muerto.
- (*Sale ANASTASIA con una poca de lana, una
caja con polvos y un pedazo de espejo*)
- ANAST. Tome usted la lana.
- PECHUGA. Ahora
verás qué mano de yeso
llevas. ¡Cuchuchú, chu, chu!
- (*Canta, y al compás echa los polvos*)
¡Ay cuchichí!
- RAFAELA. Ya está bueno;
que no quiero más jarina.

PECHUGA. Toma el pedazo de espejo.

RAFAELA. ¡Ay qué cara, Santa Rita!

¡Vaya, vaya; si parezco

una mula de tahona!

¡Y que paguen peluquero

las gachís! ¡Ay!, mala hora

las coja con estos pelos.

PECHUGA. Calla, mujer; si pareces

una Generala.

ANAST. Presto;

(Saca un vestido del pañuelo)

vamos a vestirte.

RAFAELA. Mira

qué rico está este manteo.

PECHUGA. ¿A que lo meto en la fragua?

RAFAELA. Calla hombre, que su dueño

nos sacaría los ojos.

¿Y qué se pone primero,

esta cola o estas naguas?

ANAST. El diablo que entienda esto.

RAFAELA. Y este parche con tres picos *(Por el peto)*

¿dónde se pega?

PECHUGA. Yo creo

que eso se pone en la frente

como gorra e Granadero.

RAFAELA. Si viniera la tía Curra

nos explicara este enredo,

porque como su sobrina

topó con un caballero

que la quitó de vender

caracoles, y la ha puesto

una casa en el cogollo

de la ciudad, yo me pienso

que ya la tía sabrá

manejar estos trebejos.

PECHUGA. Pues bien; yo voy a buscarla.

(Sale don MATEO.)

Adiós, señor don Mateo.

MATEO. ¿Adónde vais tan de prisa?

PECHUGA. Como acá no estamos hechos

a manejar garambainas,

iba yo por un sujeto

que vistiese a Rafaela.

MATEO. Vaya, que no puedo menos

de reírme. El guardapiés

debe ponerse primero,

- luego la falda, después
se le prende bien el peto;
¡miren qué dificultad!
- RAFAELA. ¿He sido yo en algún tiempo
señora, para saber
amortajarme, salero?
No nos falta otra cosa
sino que vengáis riñendo. (*Gritando.*)
- PECHUGA. Mujer, que es tu protector
el señor; ten mejor genio.
- ANAST. Vaya, cállate esa boca,
que las dos te vestiremos.
- PECHUGA. Señor protector, ¿qué tal
está el vestido?
- MATEO. Muy bueno.
¿Y por fin dónde es el baile?
- PECHUGA. En casa de Juan Anzuelos,
que tiene una hermosa sala
con más de dos mil muñecos
pintados, y unos sillones
como camas. ¡Qué, si al verlos
dan ganas de revolcarse!
Ya se ve; tiene un sujeto
que le arría mucha plata.
Así se pasea el perro
del marido; aquella sí
que es conveniencia.
- MATEO. Veremos
qué tal dispones la cosa.
- PECHUGA. Esta mañana, al momento
que el cura nos despachó,
fui a venderle a un cocinero
un candil, un asador
y unas parrillas; con esto
me avié; pero me falta
comprar vino pa el refresco,
bizcochos y otras cosillas;
conque señor...
- MATEO. Yo no tengo,
hasta que nos manden plata
de Amsterdam.
- PECHUGA. Pues yo reniego
de Trastán. ¿Qué tierra es ésa
que nunca llega el dinero?
- SILLERO. (*Saliendo.*) La silla.
- MATEO. Váyanse pronto.

RAFAELA. ¿Y usted no viene, salero?

MATEO. Me están esperando en casa,
pero yo despacho presto.

RAFAELA. Míe que no bailo el zorongo
hasta que vaya.

MATEO. Prometo
no tardar.

PECHUGA. Mi protector;
llévese usted, por San Pedro,
algunos parneses.

MATEO. Bien.

PECHUGA. Cuidado, que el casamiento
ha hecho mucho rüido
en la ciudad, y tendremos
señores de pierna tiesa
esta noche en el jaleo.

MATEO. ¿Y eso qué importa?

PECHUGA. Remucho;
que todo el barrio esta impuesto
en que es usté el protector
de nuestra boda; y si luego
se van con la boca seca,
mañana con los panderos
cantarán el cachirulo
del usía cicatero.

MATEO. Ya digo que iré al instante,
y allí despacio hablaremos. (*Vase.*)

PECHUGA. Vamos, mujer, que te aguarda
ese señor silletero
con el armario a la puerta.

ANAST. Trae las mantillas corriendo...

(*Vase PEPA y vuelve con las mantillas*)

RAFAELA. Vaya si con esta cola
me parezco a un trompetero.

PECHUGA. No digas eso, que yo
casi te tengo respeto
de verte con la figura
de Marquesa.

ANAST. Ea, marchemos.

TODOS. ¡Ay zoro, zoro, zorongo!

PECHUGA. Que vivan los cuerpos buenos.

(*Vanse cantando el zorongo y tocando las
palmas. Calle corta con una puerta a la iz-
quierda. Es de noche. Salen JUANILLO RABÓN.*)

MARIANO y todos los MAJOS; dentro tocan
una guitarra)

JUANILLO. Ea; que ya se ha empezado.

MARIANO. Pues vamos, y llamaremos. (*Llaman.*)

TOLOND. (*Dentro.*) ¿Quién es?

MARIANO. Abre, Tolondrón.

TOLOND. Diga usted quién es, primero.

MARIANO. Señor Juanico el Rabón.

(*Sale TOLONDRÓN a la ventana*)

TOLOND. Señor Juanico, no pueo
abrirle porque los novios
aún no han venido.

JUANILLO. Embustero;
si estaban tocando el ole...

TOLOND. Era Antoñillo el Camello,
que templaba la guitarra.

JUANILLO. ¿Conque no abres?

TOLOND. Si tengo
impedimento del novio...

JUANILLO. Mira, pillo; en otro tiempo,
cuando traté con la novia,
me hablabas como un cordero.

TOLOND. Eso es mentira.

JUANILLO. Tunante;
¿conque ahora dices que miento?
¿No te acuerdas, endinote,
que te has tirado más medios
con mi plata que morcillas
ha hecho tu madre?

MARIANO. So feo;
abre la puerta, o te tiro
una pedrada.

TOLOND. No quiero;
no quiero abrir; tunantones. (*Cierra.*)

JUANILLO. Mira, hocico de poenco...

MARIANO. Oyes, Rabón; ¿quieres ver
cómo se acaba el festejo
en risa?

JUANILLO. Yo me alegrara;
porque sabe todo el pueblo
que ha sido la Rafaela
mi compinche; y a lo menos
quisiera, ya que se casa
con Pechuga, que el jaleo
se volviese una Guinea.

MARIANO. Pues ahora mismo el cochero del Mayorazgo me ha dicho que ese señor don Mateo, que suda para la boda, ha tomado, sin saberlo la señora, un gran vestido de la señorita.

JUANILLO. ¡Bueno!; ¿conque viene de prestado la novia?

MARIANO. Sí; y ahora mesmo voy a hacer una diablura.

JUANILLO. Dime, ¿qué piensas?

MARIANO. No quiero decirlo hasta que lo veas. Guarda, que pronto vuelvo. (*Vase.*)

JUANILLO. Camarás; ésta es la novia; mucha burla y no haya miedo, que aquí está Rabón.

(*Salen RAFAELA en la silla; PEPA y ANASTASIA, y PECHUGA delante, alumbrando*)

MAJOS. ¡Que viva la usía en feria! (*Empiezan a silbar.*)

RAFAELA. ¿Qué es esto?
(*Sale de la silla; llama PECHUGA; y abre TOLONDRÓN*)

¿Quién ha traído a mi puerta tanto pillo? Llama presto.

TODOS. ¡Que sale su señoría! (*Silbando.*)

PECHUGA. Que se porta el Matadero conmigo. Viva la tuna.

RAFAELA. Hijos, a robar pañuelos; que ya es tarde.

ANAST. Mujer, entra y no hables con chuchumecos. (*Vase.*)

TOLONDRÓN. (*Saliendo.*) Pues no; como agarre un moco de la fragua...

PECHUGA. Vete adentro, con ese hachón.

TOLONDRÓN. ¡No, caramba! Tolondrón no aguanta juegos. (*Vase.*)

JUANILLO. ¿Oyes, Pechuga?

PECHUGA. Rabón:

hombre, ¿te estás divirtiendo
con mi novia?

JUANILLO. ¿Quiés callarte?

Conque ahora mismo llego
con los amigos...

PECHUGA. ¿Qué quieres?

JUANILLO. ¿Qué he de querer? Entrar dentro
y bailar el cachirulo,
el fandango o el bolero.

PECHUGA. Mira, Rabón, yo podía
decir que no, porque tengo
mis motivos.

JUANILLO. ¿Qué motivos?

PECHUGA. Sonsoniche, y no gritemos.
¡Ay, quién tuviera una boca
de vidrio! Pero no quiero
que los camaradas sepan
por mi lengua los enredos
que has tenido con la novia.

JUANILLO. Hombre, ya pasó ese tiempo;
la gente que sabe, nunca
escucha chismes ni cuentos.

PECHUGA. Es que tengo al corazón
pegados los cinco dedos
que le plantaste en la cara
a Rafaela.

JUANILLO. Callemos;
que yo sé lo que me hice.

PECHUGA. Si yo sé todo el suceso.
Tú no te querías casar;
confiésalo.

JUANILLO. Lo confieso.

PECHUGA. Pues bien; la otra te dijo:
«Rabón, tu huyes el cuerpo
al casorio; y, así, mira
que buscaré mi remedio.»

Entonces la sacudiste
con la manopla en los medios
de la cara... ¡Ay, carambita,
si hubiera entrado a ese tiempo!
¿Qué hemos de hacer? Se empeñó
aquel día un caballero
en atrancarme, y estaba
dando gusto.

JUANILLO. Deja eso,

y dime con claridad
si entro en el baile o no entro.

PECHUGA. Te dejo entrar, por que veas
que, gracias a Dios, la tengo
como una imagen; mas yo,
aunque pobre, ya estás viendo,
me porto como un Marqués
así que llega un empeño.

JUANILLO. Haces muy bien.

MAJOS. ¿Y nosotros?

PECHUGA. El que quiera que entre dentro,
y todos refrescarán,
porque el aljibe está lleno.

(Vanse por la puerta)

(Salón con sillas y mesa: RAFAELA, ANASTASIA, JUANA y MAJAS)

JUANA. Rafaela; como novia,
debes sentarte aquí en medio.

RAFAELA. Madrina; con dos mil santos,
diga usted adónde meto
esta cola de pandorga
con que ca instante me enredo.

ANAST. ¿Quieres que te la pongamos
hilvanada en el pescuezo?

RAFAELA. No, no, que pareceré
niño que lleva el culero
levantado.

JUANA. Estáte quieta,
y no barrerás el suelo.

(Sale PECHUGA con JUANILLO, MATEO y MAJOS)

PECHUGA. Vaya, señores, sentarse,
que hasta que no venga un sujeto
no se baila.

JUANILLO. Rafaelita,
me alegre de tus aumentos,
y Dios quiera que los goces
mil años, con el contento
de ver catorce muchachos
gateando por el suelo.

RAFAELA. Lo estimo.

PECHUGA. No te despolves,
mujer, que no hay peluquero
en el barrio.

RAFAELA. Me ha hecho hoyo
la peluca. ¿Habrá trapiento
como éste?

ANAST. ¡Ay! ¡Qué calor
hace, mujer! Yo me quemo.

PEPA. Yo estoy rabiando de sed.

PECHUGA. Tolondrón, saca refresco.

TOLOND. (*Dentro.*) Va voy allá.

RAFAELA. ¡Qué coraje
tendrá Juanillo de vernos
tan llenos de relumbrones!

ANAST. Pues que se rompa los sesos
contra un canto.

TOLOND. (*Sale con frascos.*) Aquí está ya.

PECHUGA. A la madrina, primero.

(*Da de beber a ANASTASIA; y luego pasa la
cubeta de mano en mano*)

JUANILLO. Mira, Tolondrón, acaba,
y corre a traerme un medio
de manzanilla.

PECHUGA. En mi casa
ninguno gasta dinero.

JUANILLO. No quiero hacerte ese gasto,
porque ya te ha dado el Cielo
obligaciones, y tú
no eres ningún caballero.

PECHUGA. Rabón, lo que a mí me sobra
son parneses. Eh, sin miedo
bebe ese frasco; que a bien
que hay otros seis allá dentro.

MATEO. (*Saliendo.*) Señores, muy buenas noches.

PECHUGA. Señor protector...

MATEO. ¿Qué es esto?
¿No se baila?

PECHUGA. No, señor;
nadie menea los huesos
hasta que usted no lo mande.

MATEO. Pues bien; comience el jaleo.

TOLOND. ¿Quién quíe caldo?

PECHUGA. Ve otra vez
a llenarlo, ¡so fideo! (*Vase TOLONDRÓN.*)

RAFAELA. Don Mateo, venga usted
a sentarse.

MATEO. Aquí hay asiento.

PECHUGA. No, señor; entre la novia y su madrina. ¡Hay aqué! (Al oído.)

MATEO. ¿Qué es aqué?

PECHUGA. Un par de estronques, porque en la sala hay sujeto que no viene más que a oler; y si no les doy veneno, mañana andaré mi honra por las tabernas hediendo.

MATEO. Estoy esperando al mozo con unos cincuenta pesos. (Se sienta.)

PECHUGA. ¿Si será mi protector judío? Siempre está lleno de esperanza; y entretanto se divierte, y yo reniego. ¡Tolondrón!

TOLOND. (Saliendo.) ¿Qué quiere usted?

PECHUGA. Trae otra luz; que ya esto se va a empezar.

TOLOND. Ya está puesta la mecha; pronto la enciendo. (Vase.)

MATEO. ¿Querrás bailar, mona mía, un minuet?

RAFAELA. Yo no entiendo de arrastraderos de pies; mándeme poner el cuerpo como la sota de bastos y verá cuál lo meneo.

MATEO. Voy a bailar el zorongó por darte gusto.

RAFAELA. ¿Qué hacemos?

Al avío, que ya estoy en punto de caramelo.

(Pega un brinco RAFAELA, recogiendo la cola; y don MATEO se levanta)

PECHUGA. ¡Ay, que va mi protector a bailar! Este instrumento (Toma la guitarra y da vueltas) ¿quién le toca? Juan Rabón, vaya, meneo los dedos.

(Le da la guitarra)

JUANILLO. Yo no toco a los usías.

PECHUGA. Ni se ha menester; camello, cencerréame este mueble.

(*Baila RAFAELA el zorongo; y después sale
TOLONDRÓN con un candil, corriendo, tropieza
con PECHUGA y se le cae de la mano*)

TOLOND. Diga ustedé, ¿dónde le cuelgo?

PECHUGA. ¿Qué has hecho, cara de roble?
¡Cuál me has puesto el terciopelo,
de aceite! ¡Ay Virgen del Carmen,
que me ha perdido este perro!

TOLOND. Si yo entraba encandilado
y su mercé estaba en medio,
¿puedo remediarlo?

PECHUGA. Endino;
si no haces nada bueno.
¡Que no me hubiera llevado
el condenado más feo
cuando yo te recibí
de aprendiz! ¿No miran esto?
Si hay aceite pa freírme.
¡Ay mi protector; que el dueño
vendrá al baile!...

RAFAELA. Quítate
la chupa; y venga corriendo
una poca de harina
para que se empape.

PECHUGA. Presto;
tráela, maldito.

TOLOND. Ya voy. (*Vase.*)

PECHUGA. Si no se limpia, me meto
en San Antonio.

RAFAELA. No digas
esas cosas, pues tenemos
un protector que nos valga.

JUANILLO. Vaya, Pechuga, ten pecho,
y confía en el señor.

MATEO Si no me pide dinero. (*Aparte.*)

TOLOND. (*Sale con un migajón de pan aparentando
que es harina.*)
Aquí hay harina.

RAFAELA. Pues trae.

ANAST. Mujer, dale con salero.

(*Entre todos tienen la chupa*)

RAFAELA. Vaya, ¿quieres que la rompa?

PECHUGA. ¡A ver si sale! ¿Qué veo?
(*Refriega con el pan*)
¡Virgen de la Soledad;

que peor se va poniendo!
 ¡Ay, que me ahorco esta noche!

RAFAELA. Madrina, déle usted recio.

PECHUGA. Don Mateo; usté es mi padre;
 si no me ampara, amanezco
 en medio de dos señores
 de bolsa y futraque negro.

ALEJO. (*Saliendo.*) Buenas noches.

PECHUGA. ¡Que es el amo
 de la chupa!

ALEJO. ¿Qué, qué es eso?
 (*Rafaela quiere esconderla, y él lo repara*)
 ¿Por qué guarda usted mi chupa?

JUANILLO. Ahora sí que me divierto.

PECHUGA. Mire usted, señor, los mengues
 es preciso que anden sueltos.
 Ese diablo que usted ve
 con esa jeta de negro
 descolorido, me dio
 con el candilillo un beso
 por la espalda... ¡Mala hora;
 al primer moro te vendo
 mañana!

TOLOND. ¿Tengo la culpa
 de que usted se ponga en medio?

ALEJO. A ver la chupa.

PECHUGA. Míe usted;
 para limpiarla la he puesto
 una poca de harina. (*Se la enseña.*)

ALEJO. ¡Ay, cuál está el terciopelo!
 Eres un bruto, un salvaje;
 pero yo la culpa tengo
 de prestar a estos bribones
 mis vestidos; al momento
 vete desnudando.

PECHUGA. Vaya,
 que no ha de salir con eso
 la mancha: espérese usted
 a que se acabe el jaleo.

ALEJO. Yo no me aguardo.

RAFAELA. Señor,
 ¿ha e bailar este hombre en cueros?
 ¡Qué súpito que es usted!
 ¡Miren cuántos aspavientos
 para una mancha lo mismo
 que un realillo!

- ALEJO. No juguemos.
Ya que pierdo mi vestido,
quiero despojarlo; quiero...
- PECHUGA. Vaya, señor protector;
en este apuro, ¿qué haremos?
- MATEO. ¿Qué se ha de hacer? Desnudarse.
- PECHUGA. ¡Ay, que nos va protegiendo
con mucha gracia!
- RAFAELA. Caramba;
que es usted, para un empeño,
como una rosa.
- JOSEFA. (*Saliendo.*) Señores,
buenas noches. Di, Mateo:
¿es posible que mis prendas
sirvan a tus devaneos,
sin mirar que soy tu esposa
y que ya sufrir no puedo
tus insolencias?
- MATEO. Pepita,
éste es un divertimento
que no te ofende, pues yo...
- JOSEFA. Muy bien. Después hablaremos.
Vaya, desnúdese usted.
- PECHUGA. Señor protector, ¿qué es esto?
¡Ay, ay, ay! que hemos quedado
como lo que somos: feos.
- RAFAELA. Lució usted como quien es.
¡Qué gusto, que se me ha vuelto
mi boda una encamisada!
- PECHUGA. ¡Qué tempranito me acuesto!
Mujer; vaya, que procuran
cuidarnos los caballeros.
- MATEO. Si yo supiera el indino
que fue con el sople, creo
que le había...
- MARIANO. (*Saliendo.*) Mire usted,
yo soy ése; ¿y qué tenemos?
- JUANILLO. Y yo, si el otro no basta.
- PECHUGA. Ea, que está el Matadero
en mi casa.
- MATEO. De manera
que eso no ha sido bien hecho.
- JUANILLO. Pues se hizo por que vea
esa mujer que el sujeto
por quien a mí me ha dejado

vale tres cuartos y medio
en buena moneda.

PECHUGA. Mira,
no vengas con quebraderos
de cabeza. Marcha pronto;
que te atuse el tío Conejo.

JUANILLO. Si eres un descamisao...

PECHUGA. Miren ustés el sujeto
que habla; y está manejando
tripas en el Matadero.
¡Puf, qué asco!

RAFAELA. Dice bien
el Rabón. Ya voy yo viendo
que he tenido muy mal gusto.
Me ahorco si no te entierro.

JOSEFA. Vaya, prontito; el vestido.

ANAST. Tenga usted un poco de pecho.

RAFAELA. Ea, que no tengo sarna,
ni se rezuma mi cuerpo
como alcarraza. ¡Jesús!,
que con cuatro trapos viejos
se imaginan ya Marquesas
estas gentes. ¡Ahí va eso!

ALEJO. Vaya; los calzones fuera.

PECHUGA. ¿Y que me quede lo mismo
que un perro chino? Señor,
mire que, aunque soy moreno,
se me mudan los colores.
Venga usted a casa, salero;
y me pondré los de paño.

ALEJO. Pues vamos, que pierdo tiempo.

PECHUGA. Venga mi capa.

RAFAELA. Adiós, Juana.

MAJOS. ¡Que vivan los cuerpos buenos!

PECHUGA. Tunantes, ¿por qué os reís?
¿Porque ha venido su dueño
por la ropa? Pues en Cádiz
muchos lucen con lo ajeno.

RAFAELA. Anda, deja a esos pillastres;
que con estos trapos viejos
seré siempre Rafaela,
la honra del Mundo Nuevo.

TODOS. Y aquí se acaba el sainete;
perdonad sus muchos yerros.